

MUERTE A LA LUZ DEL FRENO

PUNTO●ROJO
libros

Muerte a la luz del freno

Laura Sánchez Domènech y Nachete Meléndez Alonso

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17237-33-2

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 Laura Sánchez Domènech y Nachete Meléndez Alonso

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

© Dibujo de cubierta: Laura Sánchez Domènech

© Diseño de portada: Nachete Meléndez Alonso y Laura Sánchez Domènech

© Fotografía de los autores: Nachete Meléndez Alonso

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

LAURA SÁNCHEZ DOMÈNECH

NACHETE MELÉNDEZ ALONSO

MUERTE A LA LUZ DEL FRENO

DEDICATORIAS

-Para esa amiga que empezó siendo compañera en este proyecto y acabó siendo mi pareja en la vida.

-Eso es una moñada.

-Eso es envidia porque no te lo dedico a ti.

-¿No te olvidas de nadie?

-Um... Si me queda espacio... Aprovecho y se lo dedico a mi mentor, Javi Gayo; a mi padrino, Diego Alguacil; a mi colega, José María Morales Sánchez-Trillo; y a mi amigo, Eduardo Villafranca. A todos, por apoyarnos con este proyecto. Y cómo no, a Santiago Sánchez Ropero, por haberse atrevido a echarle un vistazo al borrador.

Nachete Meléndez Alonso

Se lo dedico a la persona que ha hecho que vuelva a escribir, Nacho, mi inspiración en la vida (ahora la gente sabrá a quién tiene que dirigirse para las quejas).

Y a todas las personas que apostaron por nosotros apoyándonos en nuestra primera novela.

Laura Sánchez Domènech

ADVERTENCIA

Tiene entre sus manos la segunda parte de la saga "*Por dos camiones y un tango*",

pero se trata de una novela cuya historia es independiente.

La ciudad más castigada por la locura, paridora de psicópatas, vuelve a ponerse patas arriba. Los sucesos ocurridos en "*Por dos camiones y un tango*" ya se borraron de la mente de sus ciudadanos.

Si usted conoce esa historia, nos quitamos el sombrero. Si no... nos lo dejamos puesto. Pero no se preocupe, esta historia es, como hemos dicho ya, independiente, no necesitará conocer el pasado de la ciudad para entender lo que ocurre. Sólo dejarse atrapar por la narración. Pero por lo que más quiera, no se deje atrapar por nada más, no sería el primero en desaparecer.

LA VIOLENCIA Y EL POR QUÉ DE SU ATRACCIÓN

Cuando escribimos “Por dos Camiones y un Tango” jugamos con la idea de que la violencia, cosa que debería repugnarnos, atraía al espectador. El problema radica en que el ser humano está desarrollando una horrible tolerancia ante la violencia en el mundo real, como la que tiene ante la ficticia.

Incluso metimos un personaje que era un escritor de novelas de *ultraviolencia* que acababa dándose cuenta de la responsabilidad que tenía sobre las mentes de aquellos que le leían.

Con “Por dos Camiones y un Tango” quisimos denunciar la violencia de género, la trata de blancas, el acoso laboral, el denigrante trato humano... ¿Cómo? Lo normalizamos. Esperábamos que el lector supiese abstraerse y se plantease si eso podía llegar a ser así en la vida real.

Había muchos elementos ficticios en la historia que eran claramente difíciles de ver en las calles. Eran esos elementos los que, comparados con los que queríamos denunciar, le daban ese carácter real, que debería preocuparnos.

Cuando desarrollé los capítulos de la novela anterior, utilicé dos tipos de violencia que clasifiqué como “mostrada” e “imaginada”.

¿Cuál perturba más al lector? Estos dos términos los tenemos muy asimilados, por el lenguaje televisivo. Pero voy a poner un par de ejemplos para que se entiendan mejor.

En la imaginada o insinuada, el autor lleva al espectador hasta un punto donde sabe que va a ocurrir algo horrible. Se usa mucho en el terror, donde la criatura acecha a su presa (la víctima que corre...) hasta que al final, la pilla. Ahí, acabaría el relato, siendo rellenado por el público. ¿Qué le hace a la víctima?

Un ejemplo que viví, que me ayudó a entender esto: Cuando se emitía la serie ochentera “V”, yo tenía seis años, así que me influenciaba mucho, como “Expediente X”, y todas esas series que jugaban con lo extraño. Daba más miedo esconderse detrás del sofá para no verlo y acabar imaginando las atrocidades que podrían estar cometiendo. En una escena que retengo en la memoria de la serie “V” (que no era de miedo, ¡jojo!), los alienígenas están reunidos alrededor de una mesa. Uno de esos lagartos trae a un humano, y lo coloca al lado de lo que

ahora podría entender como el escáner de metales de un aeropuerto. Según iban contando los alienígenas, era un invento para conocer la biología interna de los humanos. Cogen al forzudo, lo meten debajo y... el siguiente plano mostraba la casa desde fuera, y un grito sacudía la pantalla.

Y no había más.

Para empezar, con seis años, yo ya sabía que a ese tío le habían abierto en canal. Y eso que no había visto nunca algo así.

En muchas obras, cuando el asesino psicópata persigue a su víctima, entramos en tensión. Por esa cacería de la que hablaba antes. Si es una película, nos agarramos al sofá, deseando que se acabe. Si es un libro, no podemos parar en ese momento de leer. Si se libera, mejor que mejor, pero si la atrapa... lo más normal es que el siguiente plano o párrafo sea otro evento, otra localización. Y nosotros, como público... Nos sentimos liberados. Sí, al principio nos afecta, pero ya no podemos hacer nada por la pobre que corría, ya la han atrapado. Y esto es porque nos hemos acostumbrado a ese tipo de violencia. Ya no tenemos seis años, y nos han colado ese recurso muchas veces. Tantas, que ya no nos afecta.

La violencia física mostrada: Desde la simple bofetada a un tiroteo, lo que se consideraría dentro del género de "acción" como algo normal. Ahora bien, hasta hace 20 años, la violencia mostrada no pasaba de esa línea. En el cine, el maestro saltándose esa línea es Tarantino. Escenas que deberían haberse mostrado fuera de plano, él las incluye. En "Malditos Bastardos", enseña cómo Brad Pitt le marca a cuchillo una esvástica en la frente a un nazi.

El monstruo persigue a la chica, la caza y la trocea.

Ahora... llegará un momento en el que nos hagamos inmunes también a esa violencia. ¿No lo estamos ya?

Esa es la acusación que, justamente, quisimos hacer con la anterior historia.

Mi gran disculpa

Pido perdón de todo corazón, a nuestros lectores y amigos, por el exceso de laísmos que encontrarán en los capítulos pares. No, no se nos escaparon en la corrección, Laura me dejó claro que era un uso incorrecto del lenguaje. Pero a la hora de narrar, recurro a ellos, como buen castellano de la zona central, por la rapidez que concede a la historia.

Doy gracias a la coautora, quien me ha permitido (después de luchar con uñas y dientes) conservarlos.

Gracias, Laura.

Breve explicación del autor ante el siguiente prefacio de la autora:

Sir Terry Pratchett dijo una vez que escribir un libro era lo mejor que podía hacer una persona sola. Hasta que conocí a Laura, estaba de acuerdo.

Escribir un libro entre dos no es fácil. Había que respetar unas reglas. Conozco gente que se puso a escribir con amigos y... ya no son tan amigos.

Por otro lado, también conozco a algunos que se han puesto a escribir con la familia, descubriendo que en los capítulos siguientes, un hermano, un padre o una tía, aniquilaba a sus personajes, eliminándolo de la historia.

Mientras escribo estas líneas, alabando el poder haber escrito de nuevo con Laura, ella masculle un prefacio, con cierto resquemor por no haberla dejado poner un prólogo en "Tango". Y todo porque teníamos conceptos distintos sobre lo que era un prólogo (y yo defendía que la novela anterior no necesitaba uno), puesto que éste debía hablar de la obra (según uno), y no de cómo habían hecho los autores para concebirla (como decía la otra).

Por ende, a continuación, usted, el lector, podrá disfrutar de una breve historia de un futuro bastante acertado, donde se ha querido jugar con el "y si...".

Bueno, en verdad, no soy quién para opinar sobre el siguiente prefacio. ¡Qué demonios! Lea y deje de entretenerse con insignificantes explicaciones.

PREFACIO

Breve visión del futuro

De vez en cuando, los gritos del señor y dueño de la finca rompían la armonía de la soleada mañana.

Las hojas caídas a la entrada del palacete (hojas arrugadas, que antes componían orgullosas el borrador del comienzo, o quizás final, de una novela) estaban siendo recogidas por el esquivo y extraño jardinero, de rasgos hindúes, al que todos en estos parajes daban en llamar Dòn Hidrófilo Arrollado.

Se rumoreaba que el viejo jardinero había pertenecido al servicio secreto de su país; sin embargo, nadie había conseguido que el hindú pronunciase más de tres palabras seguidas. ¿Cómo dar crédito entonces a las habladurías?

Dòn Hidrófilo, el sirviente paciente y malhumorado, había terminado recibiendo ese tratamiento, ese título de respeto o mofa, según la ocasión, en base a una mezcla que surgió de la gran similitud fonética entre su verdadero nombre y esas palabras del castellano. Lo de "Arrollado", sin embargo, se debía a que nada más pisar la ciudad de Bogotá, un autobús se lo llevó por delante; desde entonces cojeaba de su pierna derecha.

Aquella mañana, el escritor se había levantado de muy mal humor; esa noche había soñado, aunque no era eso lo que le disgustaba; odiaba más los días en que se despertaba y comprendía que, sonámbulo, había hecho ciertas cosas... que no vienen al caso.

Deambulaba nervioso por su habitación. Recordaba que el sueño tenía que ver con la primera novela que publicó; acordarse de su juventud le ponía de un humor de perros, quizás porque al levantarse, el reflejo del enorme espejo del baño calculaba rápidamente cuán atrás habían quedado esos años.

Por dos camiones y un tango... ni siquiera sabía ya donde se encontraba el último ejemplar que le quedaba de aquella historia... y tampoco terminaba de recordar su argumento; después de publicar casi un centenar de novelas era normal, no se trataba de que su memoria hubiese empezado a fallar. Sin embargo, sí que sabía dónde se encontraba su continuación... la acababa de ver, desde la ventana

del segundo piso... con Culpa. Aquel perro del demonio la estaba enterrando en el jardín.

La perrita de Dòn, mezcla de yorkshire y pekinés, Culpa, había recibido su nombre por su manía de defecar en la puerta de la mansión... que hacía repetir incansablemente al escritor y dueño de la casa "¡Culpa de Don! ¿Dónde está ese maldito bastardo?" y muchas otras cosas más que... omitiremos gustosamente.

Esa mañana, Culpa se había hecho con un mohoso ejemplar de novela, que ahora consideraba su mayor tesoro, y, contenta, esparcía montoncitos de tierra sobre la portada, para que nunca nadie pudiese volver a encontrarlo, ni siquiera ella misma.

Desde el ventanal del segundo piso el dueño de la mansión seguía observando la escena. Recordó entonces cómo empezaba esa historia. El comienzo, esa vez, no le había pertenecido.

Un ruido de su estómago rompió la magia del momento e hizo que se acordase de que aún no había desayunado.

—¡Bram, Braaaaaam! ¿Dónde carajo está el desayuno?

Basado en hechos que, lo crean o no,
salieron de la mente de los autores

MUERTE A LA LUZ DEL FRENO

<< *"Es más grande que la de mi novio"* es la mejor frase que puede escuchar un hombre.

Sólo superada por:

"Y sabe mejor".

Rubén Tavorra. >>

1

“Cuando el hombre aún era, y se sentía, un animal, uno más, como otros... se resignaba a su final como algo natural, quizás porque entonces sabía, mejor que ahora, que nunca llegaría a conocer el misterio que encerraba su existencia.

El hombre y su destino final eran un todo inseparable.

Pero el tiempo hizo que se alejase de esta verdad universal. El ser humano desarrolló su conciencia mucho más allá que cualquier otro ser vivo, y le pareció entonces insoportable la idea de que su destino, hiciese lo que hiciese, estuviese marcado, y fuese el mismo que el de cualquier otro ser vivo, por pequeño e insignificante que fuese.

Todo aquello que el ser humano sabe que le hace especial, no puede salvarle de esta tragedia. En su soberbia no soporta que las leyes naturales le ganen la partida y, en actos desesperados, parte de la humanidad decide convertirse en hielo, esperando algo nuevo; en diamante, creyendo quizás que pueda ser comparable esta piedra preciosa, pero inerte, a la vida...

Buscamos el antídoto a la vejez sin darnos cuenta de que lo que hace al ser vivo algo realmente maravilloso es su constante transformación. Un ser vivo está en constante cambio, no se detendrá ni un instante, salvo en lo poco que podamos retener en la memoria natural o artificial.

Y ante el fracaso en la búsqueda de una existencia eterna, y el legítimo afán de perpetuarse de todo ser vivo, buscamos, los humanos, no estar solos en el Universo, para quizás, en último fin, poder dejar

constancia de nuestra existencia; prohibimos emitir señales de radio en la frecuencia del hidrógeno porque buscamos vida, más vida, a ser posible, como la nuestra. Buscamos humanos no humanos.

¿Esto se debe acaso a que nos da miedo ser un producto del mero azar?

¿El azar existe?"

Roberto, aún en la cama, terminó de releer esas breves líneas. La habitación, iluminada tan sólo por la amarillenta luz de la mesilla, permanecería en penumbra hasta mediodía.

Aquel hombre ya no soportaba el frescor y la luz fría de los amaneceres, aquello que había amado durante tanto tiempo: el momento exacto en que la noche da paso al día, el calor nocturno deja la entrada libre al frío de la madrugada, y la oscuridad se retira dejando, por fin, ver de nuevo los colores.

Recostó la cabeza sobre el cabecero tapizado en tela granate y dejó vagar su mirada por la habitación.

Entre las frías, débiles y blanquecinas manos de ese hombre, de dedos hábiles y estilizados, vigorosos en otro tiempo, temblaba aquella corta redacción; se veía escrita con una letra rápida, de rasgos elegantes. Como si toda aquella reflexión que había vuelto a leer, hubiese sido escrita sin pasar ningún filtro. Así era ella.

Bajo la redacción, en el espacio que quedaba al final del maltratado folio, con otro color y escrita en diagonal, aparecía, desgarradora, la frase.

Aquella línea le había vencido; probablemente la primera gran batalla que perdía en su vida. La primera vez que, realmente, admitía haber perdido.

"Hoy cumpliré 18. Desaparezco de tu vida. No me busques".

Después de toda la crueldad que él había derrochado durante años, se merecía aquello, e incluso algo mucho peor.

Lo sabía, y lo había aceptado, como si se tratase de un pacto con el mismo diablo. Ahora, en sus horas más bajas, todos sus demonios le venían a visitar; pasaban revista a sus actos más brutales.

Sin embargo, aún quedaba en aquel derrotado hombre, algo del luchador de antaño. Nunca dejó de pensar que, en algún momento, ella cambiaría, y sería mejor que él.

Aún seguía creyéndolo.

Sabía qué era lo único que le quedaba por hacer, y no temía hacerlo.

Había decidido llamarle esa misma mañana. Demasiado tiempo perdido... ¿Acaso pensaba que ella no iba en serio con su amenaza de desaparecer? Claro que sí, siempre cumplía. Tampoco él tenía miedo a confesar. ¿Qué era entonces lo que le había retenido para no llamar antes a aquel hombre?

De repente un velo fue alzado; su inteligencia, fría y calculadora, dejó paso a una realidad que jamás habría llegado a pensar. Muy en el fondo de sí mismo, se reveló una mezcla de envidia y celos.

Descubrió entonces que no podía excusar toda la crueldad que ahora le pasaba factura, escudándose en que había sido utilizada para defender sus negocios.

Estaba demasiado débil como para crear una barrera contra ese sentimiento que le había invadido; le había sorprendido completamente desprevenido. Siempre había estado por encima de cualquier afecto... y ahora, en sus últimos días... descubría que, aunque no quisiera verlos como algo importante, esos sentimientos habían estado ahí, como algo esencial en su vida, y todos estaban ligados a ella.

Cuando el chófer, uniformado de negro y con la gorra en la mano, pasó a la habitación en penumbra para recibir instrucciones, le sorprendió que la primera que recibiera a esas horas de la mañana fuese:

—Muchacho, di que me pongan un whisky.

2

Una lata se destapó, deseando que su contenido sofocase la sed de aquel que solicitaba sus servicios. Pero como la vida no suele entregar lo que se pide, la utilizaron para apagar una colilla arrugada; cigarro a medio consumir que había aprendido que no se cumplían hasta el final los proyectos empezados, aplazados por distracciones o desinterés.

El catering que habían servido era escueto. Más funcional que vistoso. A la larga, según iba entrando gente, se hacía más evidente que resultaría escaso. Los panecillos al lado de las bandejas de embutido estaban muy bien colocados, pero más que orden, mostraban una clara indiferencia por haber podido, pero no haber querido, dejar los bocadillos preparados.

Un ligero olor a moho persistía por debajo de la fragancia de baratos ambientadores emplazados sin estrategia alguna, incitando a imaginar que más pronto que tarde acabaría haciendo acto de presencia una *troupe* de ratas.

Y aún así, la gente seguía llegando.

Y se sentían especiales por ello.

—¿Has leído su último libro? Ese de Jack Tófelid. Creo que ha creado un personaje con el que sólo busca mostrar las bondades de la existencia y todo ese nuevo rollo, ya viejo, de la Nueva Era.

—El cambio en el estilo del autor es nefasto.

Alguien ajeno al grupo se sintió identificado al escuchar la conversación y se acercó a aportar su inestimable opinión.

—Donde estuviera Marvin Alguapete...

La mayoría asintió a la par. Los pocos que tardaron en hacerlo lo hicieron por imitación, no entendiendo el tema que se trataba pero no queriendo ser excluidos para no tener que vagar buscando sitio en otro de los grupos que se estaban formando.

—El mundo no es rosa, como ahora lo pinta.

—Es rojo sangre, como siempre lo ha embadurnado.

Las reglas de conversación entre desconocidos hacinados en un mismo espacio difieren si son en un ascensor o en un evento donde nadie se conoce. Temas filosóficos (¿Lloverá todo el finde?) o fisiológicos (*me llevo meando desde...*) podían llenar breves periodos del tiempo que ocupaba el trayecto en una cabina metálica; pero en un acto donde nadie quería ser tratado como “el raro, no te acerques mucho o verá que te ríes”, las disertaciones se llenaban con los temas más populares, prácticas por su gran acogida y generadoras de respuestas por parte de quienes escucharan. Los deportes son peligrosos porque pueden generar bandos, y encontrarse solo, rodeado por seguidores del equipo contrario, es peor que ser el raro. Por ello, el cine, la televisión y los libros actuales eran los más utilizados en los círculos de narices que, entre frase y frase, recurrían al escrutinio para ver si entre tanto impresentable podía hallarse algún conocido; o mejor, alguien digno de conocerse.

El tema al que todos acababan derivando, casi entre susurros, era la caja. El cajón de madera que estaba en medio de la sala. Y eso que en las invitaciones les habían pedido que intentaran ignorarlo... si lo conseguían. Explicaba eso el tono respetuoso, el mutismo que más que esconder tras un telón nebuloso, señalaba, más delator.

Salvo la encimera metálica de la comida en un rincón, el cajón era el único bulto de la estancia. Lo que debía resultar aterrador en una obra de terror (el ambiente, el descuidado estado del entorno...) estaba logrando que los presentes, y los que iban llegando, necesitasen saciar las ansias que les pedían saber ya qué iba a pasar después.

Los que llevaban más tiempo ahí, los asistentes que habían llegado veinte o treinta minutos antes de lo solicitado, desarrollaron una estrategia interesante para discutir sobre lo que no debían. Los que hablaban más fuerte cuestionaban hechos manidos sobre obras que todo el mundo conocía, para enmascarar las vocecillas de los que cuchicheaban sobre el embalaje y el misterio que rodeaba aquella reunión nocturna.

Si recurrían a semejantes artimañas no era porque pensarán que ahí hubiese alguien que pudiera llamarles la atención sobre tratar el único tema prohibido (aunque ahí no parecía conocerse nadie), sino por las cámaras.

“Sabían” que iba a ser un momento grandioso cuando revelaran su sorpresa porque iban a acabar haciendo un vídeo con sus reacciones.

Las desnudas paredes de hormigón gris no sólo cobijaban personas. Cada cierto compás no establecido, cada uno dejaba de vivir el momento para disfrutar de los logros conseguidos. Una sensación contraria al deseo por no tener. No era el agradecimiento a una deidad a su elección por haber llegado a metas autoimpuestas, sino más bien, un pánico no irracional ante la posibilidad de perder lo que se ha tardado tanto en obtener. El ser humano, esa hiena siempre alerta.

Así, entre los presentes, Mario Espíndola, con el cuello de la camisa recientemente lavada ya sudado, alzaba un metafórico puño hacia el cielo, por su nombramiento en el comité de la directiva de su empresa.

A pocos metros de él, aunque nunca llegarían a hablar, Marga Nuevadisco (apellido real), por fin estaba embarazada, suceso que no había logrado en esa reunión sino en el despacho de su jefe... salvo que con su novio. No buscaba dar un pelotazo sino el morbo de ser pillados.

Participando en su círculo de conversación, pero más recatado, Francisco Chestra fantaseaba con todo lo que llegaría a hacer con la chica que por fin había accedido a salir con él. Y su propia mente remarcaba el “por fin” no porque siempre hubiese ido tras esa jovencita, sino porque después de tanto esfuerzo y dinero invertido, una, de tantas, caía en sus redes.

Frente a él, una mujer rozando los cuarenta que no se daba cuenta de que al evadirse de la realidad dejaba la mirada perdida en el bulto sospechoso del pantalón de Francisco. Su directa lascivia pública enmascaraba el orgullo de haber recibido esa tarde al cazurro de su hijo con unas notazas que labrarían un futuro, no más fácil ni prometedor, pero sí algo más barato el siguiente curso.

Podríamos seguir citando ejemplos, como la adolescente cajera en un mal iluminado supermercado que había conseguido ahorrar más valor que dinero como para retomar la educación básica, o el rehabilitado pederasta que empezaba a encontrar atractivas a las mayores de edad... pero la música les sacó a todos de sus letargos o conversaciones vacías.

Cualquiera con dos dedos de frente hubiese entendido que alguno de los presentes controlaba desde dentro, pues en cuanto llegó el último de los invitados, la puerta se cerró y la melodía de La Habanera les meció desde unos altavoces fuera de la vista.

La música les animó a mirarse, y cada vez que cruzaban la mirada con alguien nuevo, se sonreían nerviosos. Alguno alzaba las cejas en señal de incierto reconocimiento. Otro, se dedicó a contarles. No llegaban a cuarenta, pero de haber invitado a más se habría eliminado la sensación de comodidad, invadiendo los espacios vitales.

Una bombona de humo artificial ingeniosamente escondida arrancó los aplausos cuando cubrió el cajón de una espesa niebla. Si se preocuparon de la falta de ventilación, nadie dijo nada.

Si hubiesen quitado la canción, no se habrían escuchado más que fuertes latidos y prolongadas bocanadas de aire cuando la tapa superior, compuesta por seis maderos, empezó a temblar, marcando un redoble ante una inminente acción anhelada. Terminó por levantarse de golpe hacia un lado, y el sonido de una bomba de aire superó al de los aplausos.

Un gigantesco hinchable se iba llenando en medio del recinto diáfano.

Vítores, júbilo, alboroto y algarabía, todo bien ensayado individualmente y correctamente repartido mentalmente por los presentes que habían reparado en las cámaras y querían que la grabación mostrase un público fervoroso.

Fervor que se vino abajo cuando una de las caras del hinchable se estiró, revelando un texto:

ADSL + LLAMADAS por menos de lo que cuesta tu línea fija.

El calor del entusiasmo pasó a ser acaloramiento, cuando los participantes empezaron a unir conceptos.

—Esto no es una fiesta. Están grabando un puto anuncio.

El cerebro más sagaz tiró por la vía monetaria.

—¿A alguien le están pagando por esto?

Numerosas negaciones se siguieron.

—¿Y esperaban que siguiéramos saltando de alegría en vez de poner cara de asco?

—Eso lo cortarán en edición. Dejarán nuestros aplausos. Pueden grabar aparte a la mierda ésta hinchándose.

La atracción publicitaria recibió un puñetazo, pero ni se inmutó.

—¿Esta es la gran sorpresa? —En su tono se incluía una frase no dicha: “¡Sorpresa mis cojones!”. —Mañana mismo denuncio.

¿Por qué? Nadie les había obligado a asistir. La curiosidad les había atraído como la miel a las moscas; como el pescado a los gatos; como el pelo de trompa de elefante a... la mayoría de los fabricantes de pinceles. Quizá, el único que no se llevaría un chasco esa noche sería el chaval de menos de 25 años que había asistido sabiendo que *no* iba a ser una reunión acabada en orgía (pero se había apuntado por si acaso).

—No nos quedemos aquí. —Hablaba, cogiendo con suavidad de la muñeca a una mujer muy exuberante. Alguien que había conseguido aprovechar la velada conociendo a aquel bellezón.

No fueron los primeros en llegar a la entrada, pero seguramente los que más deseaban (y con más calor) salir de ahí.

—Está cerrada.

Apartaron de malos modos (pero efectivos) a quien no sabía ni abrir una puerta.

—Nos han encerrado. —Confirmó el arrollador. No se disculpó nunca.

—Seguirán grabando y no quieren que en unos planos haya más gente que en otros...

Un codazo no intencionado de otro que se desplazó hacia allí calló al enteradillo.

Probar a abrir la única salida pasó a ser la nueva roca con Excalibur clavada. Muchos, la mayoría hombres, querían ser los Arturos salvadores y acabar dando y apuntando números de teléfonos a todas las agradecidas.

Fueron los que ni intentaron acercarse al mogollón por agobio los que lo notaron.

—Esto... sigue hinchándose.

Lo que en cualquier escena de cama hubiese sonado bien, ahí empezaba a preocupar.

El motivo de su curiosidad seguía desparramándose fuera de su contenedor. El cajón ya ni se veía.

—Desconecta la bomba de aire.

El comentario llegó cuando se percataron de que aquel globo ocupaba ahora un quinto de la habitación, y su respuesta, tras navegar por los pliegues que se iban volviendo tiesos, llegó mucho después.

—No veo la bomba aquí.

Sin embargo, todos la oían.

Empezaron a retroceder inconscientemente. No porque les empujara, sino por no querer tocar ese amenazante plástico.

—¿No ves alguna válvula?

—¿Alguna espita?

—El pitorro ese de las colchonetas.

Muchas aportaciones, pero nadie se acercaba a acompañar al que se había zambullido por debajo de los pliegues.

Al impacientarse por no recibir contestación, una chica se arremangó, miró a todos con desprecio, y se lanzó bajo las protuberancias mientras la tropa de la entrada trataba de echar abajo la lámina de metal.

Doce retumbantes golpes después, la chica salió arrastrándose.

—¡No puedo sacarle! ¿¡No me oáis!?! Está ahí abajo, aplastado contra el suelo, pataleando.

Como si hubiese pedido voluntarios, varios dieron un paso hacia atrás. De entre los que se quedaron en el nuevo frente por no haber huido, un rudo barbudo golpeó la loneta de plástico. Viendo sus intenciones, una joven que acababa de dejar de ser niña agarró una parte menos hinchada y trató de desgarrarla separando con fuerza en dos direcciones contrarias. Nada.

—Probemos con esto.

Sin pensar en el hambre en el mundo, le pegó una patada al carrito fijo del convite. Los bocadillos no montados rebotaron muy cinematográficamente contra el suelo gris con jirones de niebla, antes de que el causante de aquel caos consiguiese una lata aplastada y los cierres metálicos de los cajones.

El plastiquete no se perforaba con ninguna de esas ideas y muestras de ira.

Los tacones de una abuela dieron contra la pared, descubriendo que no había más sitio al que huir.

Poco a poco fueron agolpándose contra los muros, viendo cómo algunos desaparecían antes bajo verrugas que se deformaban y les engullían.

Empezaban a notar la presión del hinchable contra el tabique, sintiéndose impotentes. Deseaban que fuera una pesadilla demasiado vívida, de la que despertarían sin sentir cómo la cabeza exigía más espacio y podían mover las piernas.

El grupito que mejor había congeniado durante la charla tuvo la irónica suerte de acabar en la misma esquina, sintiendo los miembros

de los demás intentando atravesar no sólo su burbuja de confort, sino esternones y pechos.

Si pensaban que lo peor era escuchar los angustiosos gritos de dolor de los que habían quedado atrapados antes, pronto comprendieron que era mucho más horrible dejar de oírlos de golpe.

Quien más traumas psicológicos acarrearía sería el treintañero al que no le importaba ya estar llorando, cabeza ladeada desde que el tabique nasal no podía soportarlo más, cuando escuchó los últimos estertores de todos los presentes, quedando como único productor de sonido junto a la bombona invisible de aire.

Nadie había tenido el detalle de darse cuenta de que hacía rato La Habanera había acabado.

Al pobre treintañero su último pensamiento le sacó una sonrisa. *De tener la pared gotelé hubiese dolido más.*

Al final no acarreó ningún trauma porque no tardó en morir asfixiado, con varias costillas rotas que aceleraron el proceso de la goma en la cara al atravesarle un pulmón.

El aire siguió entrando hasta que, sin otro aparente propósito, el hinchable reventó, revelando una escena que ningún profesor forense desearía a sus alumnos.

Fuera de cuerpos policiales, la casualidad no jugó un gran papel poniendo en esa microjurisdicción al nuevo inspector más preparado. Su nombre... Norberto.

El calor de la habitación, la oscuridad provocada por unas pesadas cortinas de tela, el grado de humedad... hacían que la vida en ese momento fuese muy pegajosa, y cada vez más insoportable. Todo olía profundamente a sal.

Pedro se levantó sobresaltado; abriéndose paso, entre ese olor a mar, su olfato había captado una ráfaga inconfundible del aroma que había hecho sus delicias en otro tiempo: el olor de ella. Un escalofrío incontrolable recorrió su cuerpo y su respiración se agitó.

Cerró los ojos adormilado, no había descansado; estaba seguro de haber tenido un sueño, pero no recordaba nada.

Estaba tumbado boca arriba sin pijama; sólo llevaba los calzones porque su mujer dormía a su lado.

El calor era agobiante, pero intentaba respirar con tranquilidad sobre las empapadas sábanas. Lo único que se le ocurrió fue volver a cerrar los ojos; en la oscuridad de su mente, el rostro de ella apareció de nuevo, sacado de algún rincón de su memoria; suspiró, qué otra cosa podía hacer, y se giró para coger el vaso vacío que descansaba en la mesilla, la excusa perfecta para levantarse.

Fue poner los pies en el suelo y sintió un pequeño vahído; últimamente le pasaba mucho después de los días y días de calor extremo que se estaban sucediendo ese calurosísimo mes.

Se levantó aún un poco mareado; le faltaba el aire; en la oscuridad reinante del cuarto, Pedro tropezó con la pata de una silla, haciéndose añicos el menique; se mordió los labios para no gritar,

no quería perturbar el descanso de su mujer. Siempre le pasaba algo así, aún no recordaba bien la distribución de los muebles de esa casa, quizá ya nunca llegase a acostumbrarse a ella; no sabía muy bien por qué, no terminaba de entender ese piso como un hogar, como su hogar.

Una vez en la cocina sintió algo de alivio, gracias a la leve corriente que circulaba por la ventana abierta y a que metió la cabeza debajo del grifo de la pila.

Decidió salir a correr un rato, como casi todas las mañanas.

El paseo que transcurría a lo largo de la playa estaba muy poco transitado a esas horas de la mañana, salvo por unos cuantos corredores, como él, y algún alma errante que aún vagaba desde la noche anterior, con embrollado paso, de un lado a otro de la amplia acera.

Aquel olor, el olor de ella, aún persistía, pero Pedro intentaba no guiar sus pensamientos en esa dirección. Para eso estaba allí, para eso había recorrido cientos de kilómetros hasta llegar al mar, que había frenado su avance. Su gran idea fue que el mar le relajaría, y dejaría de verla, o mejor dicho, sentirla, en todas partes.

Y había funcionado, hasta ese momento, en que su olor, quizás sacado desde lo más recóndito de sus recuerdos, volvía a estar presente. Volvía a torturarlo.

¿Lo había traído Carlos desde la misma ciudad? Era una locura.

Pedro bajó corriendo los escalones del paseo hasta la playa, allí paró un momento, recobrando el aliento. Con un movimiento lento de su cabeza, recorrió la orilla. Le encantaba observarla a esas horas, vacía.

Mientras, llenó varias veces sus pulmones de aire, de ese aire salitroso que se encargaría de llevarse el olor de ella.

Alguna gaviota había bajado hasta la arena y paseaba con su andar patizambo. Se quedó quieto, escuchando tan solo el sonido del mar, que lo envolvía todo, que lo engullía todo. Algo de paz. Estaba bastante empapado en sudor, pero la brisa se encargaba de refrescarlo.

Se inclinó hacia delante para estirar la espalda, y notó un cosquilleo en la nariz; se pasó el dorso de la mano por ella para acabar con el picor y notó algo húmedo.

La sangre de su mano tiñó toda su visión de azul, y fue lo último que vio antes de que se le rillasen las piernas y se desplomase en la arena, completamente helado y sin sentido.

No supo nunca cuánto tiempo estuvo ahí tirado. Cuando recobró la consciencia se levantó sin saber muy bien lo que había ocurrido, y con un incipiente dolor de cabeza.

No se le volvió a ocurrir mirar su mano. Pero allí ya no había sangre, tampoco en su cara.

Pedro se limitó a andar muy despacio hasta el mar y se zambulló.

Aunque habían pintado la fachada de azul celeste, el edificio seguía pareciendo una cárcel. Sobre todo para los que trabajaban ahí.

La barrera del parking exterior, que daba entrada al recinto, no paraba de subir y bajar, dando paso a los coches oficiales y de empresa que traían a los inspectores en misiones importantes. De tener a un guardia con más luces, hubiese dejado el mástil siempre arriba, ahorrándoles a los que esperaban formando fila que volviese a subir, porque no les pedía ninguna identificación al reconocerles a todos.

Ese problema se lo saltaba Norberto, yendo andando todos los días. Vivía relativamente cerca del edificio descascarillado (la mano de pintura no engañaba), y prefería, si se podía, cargar en caja la cuenta de gastos de transportes públicos o taxis. Era de los pocos empleados asiduos a la entrada principal, y no dejaba una mañana sin leer, ahora con más orgullo que antes, las letras que adornaban en relieve la entrada. *Agencia de Guías y Turismo, Ocio y Lugares de Interés.*

Alguien había querido añadir con un rotulador permanente "*nosotros sabemos lo que mola*", pero debían haberle pillado y detenido a tiempo, por lo que la pintada llegaba a "*nosotros sabemos*". Que otro día no le hubiesen parado era culpa de los vigilantes, porque había acabado con un punzón, consiguiendo un relieve similar a las letras originales, y había añadido "*y vosotros pagaréis por saberlo*". El rumor sobre que iban a sancionar a todos para pagar el arreglo en el yeso y la madera había dejado de correr hacía mucho. Como la idea de arreglarlo en sí. Parecía que a la directiva se le hubiera inflamado el ego después de

que les nombraran, tantos años consecutivos, “guía indispensable para antes *cool*”, y estuviera de acuerdo con lo que decía la gamberrada.

Compartiendo vagos saludos con la mano con todo aquel con el que se cruzaba (lo conociese o no), atravesó el pasillo que dividía el edificio en dos grandes alas. Al pasar ante la máquina de comida prefabricada con sus sándwiches insípidos, no pudo censurar su voz interna: ¿Cuántos le había visto engullir a...? Teniéndolo muy presente en la memoria, desvió la mirada con reflejos felinos antes de que se posara en el busto conmemorativo y en su reluciente placa que rezaba “Norberto”.

Un par de escalones que salvaban un desnivel le llevaron ante “la puerta”. La reverenciaban por ser capaz, sin estar insonorizada la sala, de retener la mayoría del bullicio. Soniquetes de teléfonos, conversaciones a gritos, teclados que parecían de máquinas de escribir en lugar de modernos (pero de saldo) ordenadores... todo le golpeó al franquearla.

De camino a su mesa, donde dio a todos los presentes por saludados con un alzamiento y señalización genérica del índice, alguien le lanzó una pelotita de papel que cogió al vuelo.

—¡Pero si es “Mr. Varonil”! —El chaval con pretensiones estilísticas de ejecutivo descamisado no le había tirado el proyectil para darle, sino para captar su atención. —Gran trabajo la reseña de la semana pasada. Espero que en el partido del mes que viene pueda contar con usted para...

Norberto se fue sentando, pero le alzó un pulgar a modo de disculpa con el que dio un fin prematuro a la conversación. Para no ser muy descortés, le dedicó unas palabras.

—Gracias... em... Luciano.

El nombrado volvió a su mesa con satisfacción en el rostro. Era nuevo en ese ala, sólo quería hacerse notar y trataba de ganarse a los peces fuertes. Aunque no estuviera al corriente de que él nunca participaba en esos eventos deportivos para unir a la plantilla porque prefería pasar los fines de semana de manera diferente. Norberto sabía que lo que más le había emocionado al chaval era que le hubiese llamado por su nombre, ya que Luciano no era un mote puesto por algún desaprensivo y perpetuado por el resto de la plantilla. Norberto se aprendía rápidamente el nombre de todos.

A excepción de un paquete abierto de cereales “Princesa de los Buenos Días”, su mesa estaba impecable. Quizá no tuviese sitio para escribir por tener tantos portapapeles y archivadores apilados, pero podía localizar cualquier caso, y hacerle un seguimiento. Y lo que era mejor, lo hacía.

Antes incluso de haber terminado de despedir al joven con ganas de hacer amistad, ya había encendido su ordenador. Más concretamente, la pantalla. El truco para no perder el tiempo era no apagar la torre nunca. Le matarían los que llevasen los gastos de electricidad, o una auditoría no avisada de protección de datos... o todos los *Pcs* anteriores que había quemado por no preocuparse de que se obturara el ventilador. Pero no tardaba nada en sentarse a trabajar, y siempre que pasaba un jefe y le pillaba en su mesa, nunca le veían perder el tiempo ante una pantalla en negro o iniciando el sistema.

La letanía de mirar el correo y conocer los nuevos sumarios y avisos tenía un ritual anterior, que se saltaba las normas de utilización del ordenador de la oficina para otra cosa que no fuera trabajar. Otros tostaban *cds*, o se bajaban música. O tostaban *cds* con la música bajada. No podían asegurar qué hacía exactamente, puesto que abría un buscador de internet, minimizaba la pantalla a una pequeña rendija, y los pocos que habían pasado por detrás en ese momento sólo podían fijarse en que escribía algo, seguido de “*por favor, vuelve*”. Daba el intro, se realizaba la búsqueda, dando millones de resultados, pero no abría ninguno. Cerraba el buscador e iniciaba el gestor de correos electrónicos.

Miró los avisos durante menos de veinte minutos, desestimando los anuncios. Ninguno era de *viagra* o de rusas ninfómanas adolescentes, porque jamás había entrado en páginas calientes (en la oficina, nadie era tan santo) y no tenía instaladas *cookies* generadoras de *spam* delator.

Como si hubiese estado buscándolo, dio con un mensaje prometededor. De esas promesas que ponen los pelos de punta. Era de uno de sus soplones, e incluía un enlace a las noticias. Si ya había salido en la prensa no era tan exclusivo como para considerarlo un soplo, pero le daría una propina igualmente. *Una masacre*.

Apuntó mentalmente los datos esenciales y se recostó en su silla a meditar. Necesitaba un enfoque diferente. Algo que le diese un empujón inspirador para saber cómo empezar. Aunque fuese escuchar cualquier gilipollez de boca de otro.

Oteó a sus compañeros cercanos. La mayoría eran caras aburridas que fingían interés o sólo sabían hablar de trabajo. De cercanos sólo tenían la presencia física impuesta por el escritorio. Apartó la mirada de Mariano Col cuando él mismo notó que pasaba el tiempo permitido para mirar a alguien sin resultar molesto. Conocía su vida porque se la había contado, pero faltaba... conexión real, aunque se sentaran codo con codo. ¿Cómo iba a ser íntimo? Al llamarle, uno se daba cuenta de que se usaba siempre el nombre y el apellido. Mariano—Col, todo junto. Ridículo.

Barrió la enorme sala con la mirada sin encontrar inspiración. ¿Le estaba mirando Luciano a él? Esperaba que no pudiera leerle la mente puesto que no iba a poder fingir más cordialidad.

Para arrastrar la silla de ruedas hacia atrás sólo tuvo que estirar las piernas sin necesidad de separar los pies del suelo. No aprovechó para estirar los músculos, pero sí que iba a dar un paseíto vivificante. Se lo podía permitir. Nunca lo hacía, y ahora era la mina de oro, el nuevo niño mimado de casos impolutos y en regla.

De nuevo en el pasillo, cruzó esta vez la puerta frente a la que insonorizaba su mundo laboral. El paladín de los informes acababa de entrar en el reino de las prisas, el ala “Urgente”, donde los menos hábiles y los más holgazanes ultimaban sus proyectos antes de ser echados si no aumentaban el rendimiento.

Era el mismo inmenso habitáculo, pero invertido. Una realidad espejo donde también se invertía el talento de los otros empleados.

Con la última reestructuración, en la que probaron los cubículos alienantes (que terminó mal porque los utilizaban para dormir) y su consecuente retirada, les había perdido la pista. Sólo tuvo que fijarse y ver la diferencia lumínica palpable. Se encaminó hacia el rincón más oscuro. Las ventanas del fondo estaban tapadas porque los que ahí moraban querían esconderse en las sombras, pensando realmente que aquel ardid les ocultaba en vez de llamar más la atención.

Cuatro años atrás, él estuvo en ese ala, en una de esas mesas compartidas. Le bajaron de categoría por no llegar a unos límites impuestos y le apartaron de “El Círculo”. Poniéndose a trabajar duro, después de ser abandonado por su mejor amigo, consiguió remontar. Ahora, él era la estrella, felicitado por los que le habían humillado y despreciado tiempo atrás, y lo que quedaba de “El Círculo” había sido por fin evaluado y recolocado donde debía.

—El pequeño Norberto ha venido a visitarnos. Habrá recordado el camino, y sin tener baldosas amarillas.

El otro ocupante de la mesa a oscuras, quien no le había saludado, tenía el cuello, las mangas, el pecho, y una buena parte del perímetro que le rodeaba, cubierto de migas. Quien le había dedicado tal recibimiento iba guardando en un cajón montañas y montañas de material de oficina cuyos dueños tardarían más en acabar la jornada por tener que ir hasta “materiales” a pedir sustitutos.

—*Bocadillo... el Cabrón...* Sabéis que no tengo mucho tiempo libre aquí.

—En cambio *aquí* a nosotros nos sobra. —Sobre el escritorio no había ni un papel que no estuviera arrugado. Daba pie a pensar que el bodegón que tenían montado estaba estudiado, ningún folio tenía el tamaño o color de otro, pudiendo llegar a formar remotamente un mismo documento. Su pantalla de ordenador (compartido) estaba torcida haciendo equilibrios sobre una torre con la tapa de la lectora de *cds* arrancada. —¿Nos vemos el fin de semana que viene? —Que no se viesen en el trabajo no quitaba poder recordar otros tiempos, mejores o peores (dependiendo para quién), muy de vez en cuando.

A esos dos, a pesar de estar ahí, no iban a echarles nunca. Cobrarían el sueldo mínimo ahora, pero habían participado en la creación de la “Ruta del Crimen”: Hoteles, restaurantes y salas de fiesta se hacían de oro gracias a la publicidad de sus guías y reseñas, por el insignificante detalle de haber sido escenarios, o encontrarse cerca, de los brutales asesinatos del *Cercenador*.

—Hasta el mes que viene no creo que pueda. No sólo me dan trabajo aquí... mucho jaleo en casa.

—No sé qué mosca te picó cuando empezaste a dejarte las cejas bajo estos flexos. —La voz de *el Cabrón* tenía la bífida lengua de la tentación.

—En el otro lado tenemos lámparas mejores. —Podía ser que ya no se acordara.

—No seas tonto. Somos intocables. La idea de la ruta fue nuestra.

—Bueno... —Puntualizó *Bocadillo*. —Nuestra... nuestra...

Su compañero de mesa le calló con un gesto y señaló despectivamente al visitante.

—Trabaja porque quiere.

—Se supone que vosotros también deberíais hacerlo un poco. —Les sonrió. —Por sentirse útil, por honradez...

El ladrón de bolígrafos cruzó los brazos tras la nuca y se estiró públicamente.

—Lo malo de ser tolerante es que no puedo simplemente convencerte de que tus ideas son gilipolleces.

—Si tienes tantas ganas de volver por aquí puedo encargarme de buscarte una mesita con ellos. —La nueva voz se llevó la calma, la concordia y las buenas caras. No le habían visto llegar, como jamás le vieron cuando los cuatro estaban en la sala importante. —Todos te besan el culo, *jovencito*, pero sé qué clase de escoria eres. —Se dirigía a quien no debía estar ahí, y señaló a los que deberían estar currando cuando nombró a la vez de la sociedad.

Ramírez era el primero que le pillaba haciendo algo que no fuese trabajar. Aunque seguramente se dedicaba a espiar a todos los empleados para disfrutar humillándolos cuando se pudiera dar el caso.

Ahora era director, puesto al que había llegado lamiendo culos (sabido por todos), y junto a los nuevos poderes conservaba coletillas de sus antiguos mentores.

—Buenos días, director. —Siempre correcto con quien debía, Norberto sabía guardar y mantener un tono que no reflejase nunca sus verdaderos pensamientos. —Simplemente quería conocer la opinión de alguien experto para un nuevo caso que se ha abierto en mi microjurisdicción.

Forzando una risotada, Ramírez acusó con el puño a los que estaban ahí sentados. Nadie de los que rodeaban la escena (y eran muchos) quiso levantar la nariz de su mesa por si el vigilante les hacía partícipes de su cólera.

—¿Expertos? ¿Estos? Pierdes el tiempo aquí. A menos que te hayan pedido que desatasques unos baños públicos rezumantes de mierda no creo que...

—Un visceral, sangriento y múltiple asesinato en un hangar a las afueras que se alquila para fiestas privadas.

Los dos curtidos empleados, perros viejos, que no se habían inmutado ante el director, sintieron un estremecimiento al recordar esa época que no sabían si era mejor o peor.

Algo en la mirada de Ramírez cambió. Un brillito peligroso.

—Eso puede ser muy... provechoso.

Sólo alguien podía deleitarse tanto por una desgracia, y eran los reporteros que querían ser los primeros en informar. Analizando la sala,

la mayoría había salido de facultades de periodismo. Con otros sueños en mente, claro, antes de acabar ahí.

—Voy a pasarme ahora y...

—Pues me viene perfecto que hayas querido venir antes a ver a tus amiguitos, porque así me has facilitado la tarea de elegir quién instruirá a la más nueva. —Le faltó chasquear los dedos para que apareciese trotando la última adquisición de Recursos Humanos, pero la chica se presentó ante ellos igualmente. Seguramente había estado oyendo la conversación y vio, en el giro que había dado el director hacia ella, su entrada. —Erika... no sé qué. —Mal leyó el superior, consiguiendo que Norberto apretase los puños, en una carpeta que no habían visto que llevaba. —En dos semanas tiene que estar capacitada para operar sola o irá a la calle y su instructor tendrá una sanción por no cumplir objetivos.

—Podéis llamarme Eri.

No pareció importarle a nadie, aunque la nueva estrella centró su atención brevemente en ella, como indicándole que sí la había escuchado.

Volvió a clavarle los ojos a Ramírez, quien no le había perdido de vista. Era el momento de protestar, de revelarse, de decir que trabajaba mejor solo y que hacer de niñera sólo le retrasaría. Golpear la mesa, escupir por bramar y luchar contra la injusticia.

No hizo nada.

Ni se movió cuando Ramírez se alejó con el triunfo en el rostro, buscando otras víctimas a las que atormentar.

Iba a tener que arrastrar a alguien con él. Podía tomárselo deportivamente, como el maestro veterano que comparte sus conocimientos hasta formar a alguien con quien poder contar. O como el profesor que enseña sus trucos para que el alumno los use en el futuro... y consiga quedarse con su puesto de trabajo.

—Me ha tocado la novata bollera. —Traspasó sus defensas protocolarias un susurro que esperaba que nadie hubiese escuchado.

—¿Lo dices por la camiseta de *baseball* que lleva hasta los tobillos? —Estaba claro que *Bocadillo* le había oído. Si hubiese sido *el Cabrón* o la chica, que estaba a dos metros distraída con unos papeles que debía rellenar apresuradamente, la vergüenza hubiese sido mayor. —No juzgues por la portada. Tendrás que vivir un sin par de malentendidos y

aventuras hasta que lo descubras. —Al menos mantenía un volumen bajo para que siguiese siendo una conversación controlada.

Los puños que había mantenido cerrados se abrieron según fue controlándose. No tenían cabida en sus planes esas cosas.

Se acercó a ella.

—¿Eres de la otra acera?

La novata dejó los papeles con cuidado y se encaró a él.

—Aparco por las dos, no me preocupa.

Un rancio sándwich fue mordisqueado con saña.

—Y un sin par de aventuras y equívocos se han perdido en el limbo.

Rebajando un poco la tensión, *el Cabrón* se levantó tras consultar un reloj.

—Si no me tomo otro descanso, me pierdo en el bar las repeticiones del partido que vi anoche.

Se fue yendo, pero desanduvo camino para no perderse la ruptura del aura pacífica y benevolente de la chica.

—Con tanto calor el único motivo que encuentro para que lleves jersey es disimular que estés fondón.

Debía ser el primer ataque que había cruzado por su cabeza. Querría remarcar que era compañera, no subalterna, como para que pudiera hablarle así o le incumbiera su vida privada.

—Lo lleva por no saber guardar las camisas planchadas y no querer volver a plancharlas cuando se las reclama al armario.

“Cuando se las reclama al armario”. El léxico de *El Cabrón* (a menudo se ganaba que las dos palabras empezaran con mayúscula) aumentaba poéticamente cuando podía atacar a alguien.

La sonrisa que afloró en la comisura del atacado aflojó la tensión, y juntando las manos a modo de disculpa por el escape de hosquedad que había tenido, la dio la bienvenida.

—Al parecer tenemos un caso. Ve saliendo y hazte con un coche a mi nombre. —La entregó su identificación y permiso de garaje. —Ahora mismo voy.

Recogiendo lo que le daban en plan compañera solícita y con ganas de aprender, Eri recorrió el mismo camino que había seguido antes Ramírez, seguida por *El Cabrón*, que aprovechaba que salía para indicarle a dónde debía ir.

—¿Todo bien en el otro lado?

Diciéndole que no había de qué preocuparse, se despidió de *Bocadillo* y se fue hacia el otro ala. Tendrían que recurrir a uno de los coches para llegar hasta el hangar de fiestas; no llegaban ahí los autobuses y no tendrían suerte al pedir que un taxi les recogiese de vuelta o creyese que necesitaban que les esperase.

Abrió el último cajón de su escritorio mortificándose por la falta de tacto que había tenido con la nueva. Cogió el block amarillento que ahí guardaba mientras se juraba que no volvería a perder el control.

Al levantarse por no aguantar más en cuclillas, cerró el cajón con el pie justo cuando alguien le gritó.

—¿¡Qué tal te va, “Nome”!?

Su respuesta no se hizo esperar.

—¡Cállate, payaso de mierda! ¡No es día como para tocarme los cojones a estas horas!

Salió sin querer ver si había perturbado a alguien ostentosamente, jurando que el contador para no perder el control volvería a correr.

Cuando la sien dejó de latirle, se encontró en el pasillo, delante del peor sitio al que podía haber ido. El busto con la plaquita.

Antes de “Mr. Varonil”, Norberto había tenido innumerables mote. Ese no era de los peores, ni ninguno de los de la lista que podría hacer con todas las lindas “etiquetas” que le habían otorgado en su periodo en el reino del castigo del otro ala. Ahora le trataban de señor, pero en otra época le robaron hasta el alma, teniendo que aguantar que le llamaran “Nomeacuerdodetunombre”.

Y la culpa de que se propagara aquella afrenta era de la cara que tenía enfrente. Norberto. El “auténtico” Norberto. No le habían aguantado vivo, pero le habían endiosado cuando se hizo público que había ayudado a detener a una psicópata. Aunque quizás “endiosado” fuese un término demasiado grandilocuente. Le habían convertido en la mascota de la Ruta del Crimen, ruta que había iniciado al encontrar al primer *Cervantes*... pero eso era otra historia.

De tener suelto pagaría por una lata para tener saliva y escupir sobre la piedra.

Cuando dio el portazo, enfadado con sus recuerdos pero dañando la salida al garaje, volvió a centrarse. Debía visitar una carnicería. Había tardado poco en aparecer otro loco por la ciudad.

